434

ofras, mis hijas, al lado de mi lecho, para cerrarme los ojos!

-¡No, no dejo á mi padre, que va á alejarse de nosotras!-respondió Dora, cuyo frágil cuerpo sacudía ya una convulsión nerviosa por la violencia que se hacía para desobedecer á su madre.

-¡Ven, hija mía!-dijo gravemente Daniel.-Yo iré contigo, y por tí venceré el rencor que esa mujer me inspira: es la mayor prueba de amor que puedo darte.

Dora se apoyó con fuerza en el brazo de su padre: estaba pálida y demudada; ambos se encaminaron á la habitación ocupada por Leocadia, y Adriana los siguió, absorta en un mar de pensamientos, cada uno más amargo y doloroso.

XII

Leocadia se hallaba casi incorporada en el lecho, y sostenida por muchas almohadas colocadas detrás de su espalda; la palidez de la muerte cubría sus mejillas; sobre sus ojos, aún hermosos y que parecían más grandes, se había ya extendido la sombra funeral de la muerte; de vez en cuando aquellos bellos y rasgados ojos se cerraban con fatiga; su pecho se levantaba con una angustia profunda.

Adriana corrió al lecho de su madre, y la abra-

zó vertiendo lágrimas; luego se volvió á la Baronesa y le preguntó:

-2Se ha confesado?

-No quiere-respondió ésta:-ya se halla en casa un sacerdote católico esperando á que le llame; pero no lo espero.

Leocadia oyó estas palabras, é hizo con la cabeza una enérgica señal de negación.

- -Madre mía, ¿por qué no quieres escuchar al ministro del Señor? - preguntó dulcemente Adriana .- ¡Esto no te pondrá peor: al contrario, quizá la tranquilidad del ánimo traerá para tí una saludable mejoria!
- -No-contestó Leocadia con voz débil: -sé que me muero; pero no quiero confesarme.

-¿Y por qué?

- -Porque no creo desde hace mucho tiempo en ninguna de vuestras sandeces!
- -10h, mamá! ¡Hazlo por mí, por tu hija úni ca, á la que tanto has querido siemprel
- -¡Nol ¿Qué me importa de tí, hija ingrata, que dejaste mi lado y me abandonaste á mis enemigos?
- -Madre mía, ano recuerdas que me dijiste que me fuera? ¡Yo no te abandoné! ¡Yo te amaba y te he amado siempre! ¡Tú, por desgracia, me perdiste todo el cariño que me habías tenido!

La moribunda guardó un sombrío silencio.

-¡Madre, por Dios, déjame llamar al sacerdotel-insistió Adriana.-¡No me dejes con la horrible pena de tu impenitencia! ¡Permite que llegue tu alma á los pies de Dios purificada de sus culpas!

—¡Déjame morir en paz!—exclamó Leōcadia. —¡En nada creo!

—Madre—dijo Adriana acercando sus labios al oído de la rebelde pecadora,—las oraciones del sacerdote apartarán de los umbrales de esa otra vida en que vas á entrar, á una sombra irritada...

Yo nada sé de esta terrible página del libro de tu vida... pero me lo figuro todo... Madre, ¿no te acuerdas ya de tu segundo esposo? ¿No ves en sueños terrible y amenazador al Conde del Villar?

Leocadia abrió espantada los ojos, que tenía cerrados al hablar su hija; pasó por ellos como una luz funeral, y dijo con voz ahogada:

-¡Que venga... que venga el confesor!

Todos se retiraron á los pies de la estancia, y el sacerdote escuchó la confesión de Leocadia y purificó aquella alma llena de sombras con las sagradas palabras de la absolución, con que la Iglesia despide hasta á sus hijos más culpables.

En seguida llegó Dios á visitar á aquella criatura rebelde bajo la forma del Santo Viático, preparado, como la Unción, en una habitación próxima; y ya reconciliada con su Dios, Leocadia probó algunos momentos de reposo.

- ¡Mamá-dijo Adriana, que lloraba copiosamente, - perdóname todo lo que haya podido ofenderte, y bendice á mi hija!

--¿No está allí?--preguntó Leocadia.--¿No es-

taba alli hace poco con su padre? Creo haberla visto... pero ya mi vista se turba...

-Aquí está Daniel y nuestra hija...

-Que se acerquen los dos...

A una señal de Adriana se acercaron padre é hija.

La moribunda buscó á tientas la mano de Daniel, cuyo primer movimiento fué retirar la suya; pero después, por un violento esfuerzo, la colocó bajo la de la pobre mujer.

—¡Adriana ha sido siempre una mujer honrada, Daniel!—dijo Leocadia.—En esta hora, en que ya estoy al borde de la tumba, no sabría yo, no podría mentir... Sólo á tí ha amado sobre la tierra, y lejos de tí... lejos de la influencia de tu amor y de la influencia de tu madre, hasta se olvidó de su belleza y de su juventud... hasta se volvió fea... y eso la hizo perder mi cariño... ¡Daniel, cree á una madre moribunda! Mi hija no es indigna de tí... ¡Créeme... y dime que me crees, para que pueda yo morir en paz!...

Lo creo... señora, — dijo Daniel con esfuerzo.
 —Por la vida eterna donde voy á entrar, te juro que puedes creerlo... — dijo Leocadia con una energía y una convicción que parecían dictadas

por una fuerza sobrenatural.

Reinó durante algunos instantes un silencio sólo interrumpido por la recomendación del alma que rezaba el sacerdote.

-Ven, hija mía... ¿Quién de mis... nietas eres

tú?—preguntó Leocadia, pronunciando aún con amargura aquella palabra.

-Es Dora...-respondió Adriana acercando á la niña.-;Es una de mis gemelas, mamá!

—¡Pobres niñas! ¡Cómo me irritó vuestro nacimiento!—dijo Leocadia con una triste sonrisa.— La idea de que iba á ser abuela, era para mí un tormento... ¡Ah! ¡De qué dichas tan puras me he privado por culpa mía! ¡Ven, hija mía, ven para que te dé el primer beso maternal!...

Dora inclinó su linda cabeza, poblada de rizos, para que su abuela apoyase en su frente sus labios, fríos ya.

—Hijas mías, sed buenas para vuestra madre... amadla... amad á vuestro padre... amad, y, sobre todo, obedeced á vuestra abuela... á la otra abuela que os queda... y decidle que ruegue á Dios por mí.

—Ven, Adriana—dijo Daniel, que rendido por lo triste y solemne de la situación, olvidó todos sus rencores, y sólo pensó en evitar á su mujer el dolor de ver espirar á su madre;—ven conmigo.

Pero Adriana y Dora, inclinadas sobre la moribunda, lloraban silenciosamente, teniendo cada una asida una mano de Leocadia.

—¡Bendito... bendito seáis, Dios mío!—murmuró Leocadia en el estertor ya de la agonía.— Me habeis dejado morir... viendo á mis hijas... ¡Yo os adoro, yo creo en Vos... misericordia... perdón...! Su cabeza cayó hacia atrás; sus ojos se cerraron, y una sonrisa de tranquilidad y de paz erró por sus labios, helados ya por el soplo de la muerte.

En la tarde de aquel mismo día, Dora escribía á su abuela este telegrama, dictado por su padre:

«Mi abuela acaba de morir. Mamá sale dentro de tres días para esa; yo me quedo con papá, que está solo y triste. ¡Adiós, abuela mía!»

—Ahora—dijo Daniel tomando el papel para llevarlo á las oficinas de Telégrafos,—ve al lado de tu madre, hija mía, y acompáñala en su justo dolor.

—¡Oh, papá mío!—exclamó Dora.—¡Piénsalo bien antes de salir! ¿Te niegas á venirte con nosotras?

—Absolutamente,—contestó con firmeza Daniel.

—¿No te llama allí el amor de mis hermanos?
—¡Dora, no desgarres mi corazón!—exclamó el pobre padre.—¡Por ver una sola vez á mis hijos, consentiría en morir mañana si los abrazase hoyl ¡Por ver á mi madre, soportaría los más terribles dolores!... ¡Considera, después de dicho todo esto, si me costará quedarme, y no me ruegues más!...

La niña inclinó la cabeza, y en su bello rostro se pintó una angustia mortal; pero no contestó nada.

-Ya no eres una niña, Dora-prosiguió Da-

niel,—y quiero abrirte uno de los pliegues más sombríos de mi corazón: no puedo vivir con tu madre sin darme ante el mundo una patente de hombre débil y sin honor... me abandonó á mí y á vosotros, y huyó de la casa conyugal, sin una palabra de despedida.

—Se llevó á uno de nosotros, y los demás la hemos perdonado, padre mío.

-¡Yo no puedo perdonarla!

—Pues si no puedes, ¿qué hacer?—dijo Dora tristemente.—¡Nos resignaremos á nuestra gran desgracia! ¡Yo perderé á mi madre, á mi abuela, á mis hermanos! ¡Ellos nos perderán á tí y á mí!

-¡No, hija mía! Vete con tu madre y vuelve al

lado de los que amas.

—¡Te amo á tí, papá mío, y con todo mi corazón! por eso no te dejaré. ¡Si supieras cuánto Augusta y yo hablábamos de tí con nuestra abuela! ¡Si supieras cuánto deseábamos verte! Mamá nos decía que eras muy bueno y que nos querías mucho, y aún te recordábamos de cuando éramos pequeñitas: ¡más feliz que mis hermanos, te he conocido y no te dejaré ya! ¿No quieres venir con nosotras? Pues yo me quedaré contigo.

-¿Y Augusta?—exclamó el padre aterrado alpensar en la solidaridad que une á los hermanos gemelos, y que desde su nacimiento unía también á sus dos hijas.

-¡Será lo que Dios quiera, porque no puede pasarse sin mí y es muy delicada!

−¿Y tú?

—Yo moriré lejos de ella y de mi abuela —respondió Dora con sublime sencillez; —pero mientras viva estaré á tu lado y no te dejaré solo.

-¿Y crees que yo te dejaré morir?

—No hay más remedio, puesto que no puedes venirte con nosotras.

Daniel salió de la estancia, llevando, sin embargo, en la mano el telegrama de Dora á su abuela; su corazón se desgarraba, su corazón volaba hacia su madre, hacia sus hijos; su orgullo herido le retenia en suelo extranjero, como una cadena de hierro.

Cuando su padre salió, Dora permaneció algunos instantes como asombrada.

Apoyó sus dos brazos en una mesa que tenía cerca, y en ellos su cabeza dolorida; parecíale que su corazón se había dividido en dos, que una mitad se iba á Madrid con su madre, y que la otra sangraba dentro de su pecho.

Esta tremenda lucha la quitó hasta el pensamiento, y su madre, cuidadosa por su ausencia, fué á buscarla, hallándola inmóvil en su doliente postura.

—¡Dora!—dijo Adriana, que al levantarse de orar ante el cadáver de su madre, se halló á su hija como anonadada.—¡Dora, hija mía! ¿Qué tienes? ¡Qué pálida estás! ¿Dónde está tu padre?

—¡Ah, mamá!—exclamó la niña sollozando:— ¡no quiere venir con nosotras! - ¿Dónde está ahora?

— ¡Ha ido á poner un telegrama á mi abuela, que he escrito yo!

-¿Te lo ha mandado él?

-¡Sí, mamá!

-¿Y qué dice?

—Que tú marcharás dentro de tres días, y que yo me quedo aquí.

-¿Y quieres quedarte tú?

-¡Es mi deber!

-¡Tu deber el abandonarme!

-¡Tú tienes á mis hermanos; papá está solo!

—¡Es verdad!—exclamó Adriana, asiendo convulsivamente á su hija entre sus brazos:—él está solo y tú no le dejarás... yo debe cederte á él... ¡Pero cómo vivir sin tí, mi bien, mi dulce Dora!

-¡Dios nos dará fuerzas á todos, mamá!

—¡Ven, hija mía, ven á orar conmigo!—dijo Adriana. —Arrodíllate ante el cadáver de tu abuela, y ojalá su alma, purificada por el arrepentimiento, y ya al lado de Dios, nos alcance algún consuelo de su bondad.¡Pidámosle á lo menos resignación!

El resto de la tarde y la noche entera lo pasa-

ron madre é hija al lado del cadáver.

A las diez de la mañana siguiente, y poco antes de que viniesen á buscar aquellos tristes restos, la Baronesa entró con un pliego en el salón.

Era un telegrama de Madrid para Dora.

Su padre la llamó desde la puerta de la estan-

cia mortuoria, y le presentó el pliego, que la niña abrió con mano trémula; decía así:

«Dora: Si tu padre no quiere venir, déjale que se quede; tú acompañarás á tu madre, y te volverás á mi lado; te lo pido en nombre de los días que me quedan de vida.»

Dora, yerta, inmóvil de pavor, tendió á su padre el telegrama de su abuela.

Daniel pasó la vista por él, y una palidez cadavérica cubrió sus facciones.

Antes de que ni el padre ni la hija pudieran hablar, entraron de la parroquia católica á buscar el cadáver. Adriana, que aún permanecía arrodillada, lanzó un grito penetrante.

—¡Oh, madre mía, madre mía!—exclamó.—¡Para siempre adiós!

Daniel acudió á socorrer á su mujer; en el fondo de aquel corazón había reverdecido el amor de la juventud, y entre los escombros y las ruínas de todas sus esperanzas, brotaba la rama fresca y florida del cariño paternal, que le hacía olvidar sus pasados tormentos.

El cadáver salió de la casa, y Daniel subió á un coche para acompañarle á un cementerio católico.

La brillante, la hermosa, la adorada Leocadia Torres, no llevó á la tumba otro acompañamiento que Daniel Villar, la más desgraciada de sus víctimas, y Mister Brandt, esposo de la antigua camarera de Clotilde.

Al día siguiente, Daniel, que tenía algunos

ahorros de sus trabajos en el bufete del abogado que le ocupaba, costeó un modesto funeral por la madre de su esposa, en una capilla católica, y entregó á Mistres Brandt una cantidad para que hiciera los trajes de luto de Adriana y Dora.

La Baronesa lloró sinceramente á su amiga, y se quedó en Londres al lado de su antigua camarera, que, como ya dijimos, la ocupó en un cargo de confianza.

Al día siguiente de los funerales, Adriana fué á despedirse de la tumba de su madre; cubríala una sencilla lápida de mármol negro, sobre la cual se leía este solo nombre:

LEOCADIA

Dora acompañó á su madre; eran las ocho de la mañana, y á las diez debía Adriana tomar el tren para España.

Adriana besó con lágrimas la piedra después de un rato de fervorosa plegaria, y seguida de su hija salió del cementerio y volvió á su casa. Daniel las esperaba en el salón.

- Adiós, papá—dijo Dora con voz quebrantada.
 Dame un abrazo para que lo lleve á mi abuela.
 - —¡Cómo! ¿Me dejas?
 - -Mi abuela lo manda.

Tomaron un carruaje de alquiler, subieron los tres en él y llegaron á la estación.

- —¿Dónde están tus promesas?—exclamó dolorosamente Daniel mirando á su hija.
- -No me puedo resistir al mandato de mi abuela.
- —¡Vente, Daniel! murmuró tímidamente Adriana.—¡Vuelve á tu patria, tus hijos te tienden los brazos! Tu madre me dijo: ¡Tráeme á Daniel!
 - -¡Viajeros al tren!-gritó una voz.
- —¿Me abandonas, padre?—dijo Dora ya dentro del coche con voz llena de lágrimas y tendiendo ambas manos á Daniel.
- —No—respondió éste asiendo las manos de su hija, subiendo al coche y sentándola sobre sus rodillas:—¡no puedo renunciar á tí, hija mía! ¡Tú me presentarás á tus hermanos y á tu abuela!... ¡Ya soy vuestro para siempre!

Dora lanzó un grito de alegría y se abrazó con fuerza á su padre, como si temiera que fueran á arrebatárselo.

Sonó el estridente silbato, y el monstruo alado, la rápida locomotora tendió en los aires su larga cabellera de humo, y emprendió su gigante carrera, conduciendo á la patria á Dora y á sus padres.